
XAVIER PLA
FRANCESC MONTERO
(eds.)

EN EL TEATRO DE LA GUERRA

Cronistas hispánicos
en la Primera Guerra Mundial

GRANADA, 2019

COMARES HISTORIA

Director de la colección:
Miguel Ángel del Arco Blanco

ENVÍO DE PROPUESTAS DE PUBLICACIÓN

Las propuestas de publicación han de ser remitidas (en archivo adjunto de Word) a la siguiente dirección electrónica: libreriacomares@comares.com. Antes de aceptar una obra para su edición en la colección «Comares Historia», ésta habrá de ser sometida a una revisión anónima por pares. Los autores conocerán el resultado de la evaluación previa en un plazo no superior a 90 días. Una vez aceptada la obra, Editorial Comares se pondrá en contacto con los autores para iniciar el proceso de edición.

El presente volumen se enmarca en los resultados de los proyectos de investigación de la U. de Girona «El mundo de ayer: La figura del escritor-periodista ante la crisis del nuevo humanismo (1918-1945)», ref. FFI2015-67751-P y «Josep Pla y el periodismo literario en Cataluña, España y Europa (1918-1981): análisis, interpretación y difusión de un espacio narrativo entre la ficción y la no-ficción», ref. PGC2018-101783-B-I00. Financiados por el MINECO y el MINCIU respectivamente.



Imagen de portada:

Visita de periodistas y políticos catalanes y españoles al frente de guerra francés, en la zona de Reims-Verdún, noviembre de 1917. Section Photographique de l'Armée Française.
Procedencia: Archivo familiar Miralles-Jori, Barcelona.

© Los autores

© Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

www.comares.com • E-mail: libreriacomares@comares.com
facebook.com/Comares • twitter.com/comareseditor • instagram.com/editorialcomares

ISBN: 978-84-9045-922-5 • Depósito Legal: Gr. 1660/2019

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

SUMARIO

PRESENTACIÓN. «No me hable usted de la guerra»	XIII
<i>por Xavier Pla y Francesc Montero</i>	

PRIMERA PARTE

VOCES LITERARIAS PARA UNA GUERRA

I.— LAS BOMBAS Y LAS LETRAS: AZORÍN EN EL PARÍS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL . . .	3
<i>Francisco Fuster</i>	
AZORÍN, «UN ENTREACTO»	13
II.— RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN (1916): FALSO PERIODISTA, PERIODISTA TOTAL	17
<i>Andreu Navarra Ordoño</i>	
RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN, «LA MEDIA NOCHE. VISIÓN ESTELAR DE UN MOMENTO DE GUERRA»	23
III.— SANTIAGO RUSIÑOL: UN CALIGRAMA PARA LA POSTGUERRA GRAN.	27
<i>Antoni Martí Moner</i>	
SANTIAGO RUSIÑOL, «GLOSARI. RETRAT FUTURISTA»	37
IV.— BLASCO IBÁÑEZ: EL ESCRITOR EN GUERRA	41
<i>Javier Varela</i>	
VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, «PARÍS CANTA»	63
V.— RAMIRO DE MAEZTU: EL CORRESPONSAL IDEÓLOGO	71
<i>David Jiménez Torres</i>	
RAMIRO DE MAEZTU, «UNA VISITA AL FRENTE. EL VIAJE»	79

SEGUNDA PARTE

VOCES OLVIDADAS, MIRADAS FEMENINAS

I.— «YO NO HE VISTO LAS BATALLAS; PERO HE VISTO LA GUERRA». CARMEN DE BURGOS Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL	87
<i>Sara Prieto García-Cañedo</i>	
CARMEN DE BURGOS, «MUJERES YANQUIS» Y «HOSPITAL DE CIEGOS»	97
II.— ÀNGELA GRAUPERA I GIL: LA PRIMERA CORRESPONSAL DE GUERRA CATALANA EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL (1914-1918)	103
<i>Desirée Oñate Ortega</i>	
ÀNGELA GRAUPERA, «DESDE GRECIA»	111

III.— ENTRE LA INFORMACIÓN Y LA PERSUASIÓN: CRÓNICA XI DE <i>DE LA GUERRA: CRÓNICAS DE POLO-</i> <i>nia y Rusia</i> , de Sofía Casanova	115
<i>Susana Gil-Albarellos Pérez-Pedrero</i>	
Sofía Casanova, «ABC en Varsovia. LA BATALLA DE LOS CÁRPATOS»	123

TERCERA PARTE

ALIADÓFILOS Y GERMANÓFILOS EN LAS TRINCHERAS

I.— GAZIEL EN LA HORA MÁS GRAVE	131
<i>Jordi Amat</i>	
GAZIEL, «VERDÚN»	139
II.— CULTURALISMO Y RETÓRICA: SOBRE LAS CRÓNICAS DE LA GRAN GUERRA DE RAMÓN PÉREZ DE AYALA	145
<i>José Ramón González</i>	
RAMÓN PÉREZ DE AYALA, «EL TESTIGO EN LA GUERRA. NOTAS DIARIAS»	155
III.— ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO, LA MIRADA ALEMANA	161
<i>Eva Díaz Pérez</i>	
ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO, «ENTRE RUINAS»	169
IV.— EUGENI XAMMAR O LA ANGLOFILIA DESENCADENADA	175
<i>Xavier Pla</i>	
EUGENI XAMMAR, «DE UNA VISITA A LA FLOTA BRITÁNICA»	181
V.— ALBERTO INSÚA, CRONISTA DE LA GRAN GUERRA	187
<i>Santiago Fortuño Llorens</i>	
ALBERTO INSÚA, «ANTE UNAS CAÑAS DE MANZANILLA»	197
VI.— NOTAS DE VIAJE DE ROMÀ JORI, DIRECTOR DE <i>LA PUBLICIDAD</i>	203
<i>Joan Safont i Plumed</i>	
ROMÀ JORI, «LAS MARIPOSAS DE VIMY»	211
VII.— JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA: LA FASCINACIÓN MILITAR	215
<i>Andreu Navarra Ordoño</i>	
JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA, «LOS SOLDADOS DE CASCO PUNTIAGUDO»	221
VIII.— EL NARRADOR DE BATALLAS INVISIBLES: JAVIER BUENO EN EL SUBMARINO	225
<i>Carlos Frühbeck Moreno</i>	
JAVIER BUENO, «LA VIDA EN UN SUBMARINO»	233
IX.— UN FRANCÓFILO EN FRANCIA: CLAUDI AMETLLA Y LA DESTRUCCIÓN DE LA CATEDRAL DE REIMS	239
<i>Xavier Pla</i>	
CLAUDI AMETLLA, «LOS DÍAS DE UN NEUTRAL EN LA GUERRA. REIMS»	249

CUARTA PARTE

PERIFERIAS CENTRALES

I.— MANUEL AZAÑA: EL DOLOR Y LA FUERZA DE FRANCIA, SÍMBOLOS PARA ESPAÑA	257
<i>Maximiliano Fuentes Codera</i>	
MANUEL AZAÑA, «EL ESFUERZO FRANCÉS»	265
II.— «¡QUÉ MARAVILLA ESA GUERRA!». FRANCESC MACIÀ O LA BELLEZA DE LA GUERRA COMO DE- MOSTRACIÓN DE LA EVOLUCIÓN HUMANA	271
<i>Arnau González i Vilalta</i>	
FRANCESC MACIÀ, «DESDE FRANCIA. CARTA DEL SEÑOR MACIÀ, 5 DE ENERO DE 1917. UNA ESTACIÓN REGULADORA — UNA ESTACIÓN DE ABASTECIMIENTO — SERVICIO SANITARIO — EL PAN — LAS MUNICIONES — COMO LLEGA LA COMIDA CALIENTE A LOS SOLDADOS DE LA PRIMERA LÍNEA — LOS BORRIQUILLOS Y LOS AVIONES» (III)	279

115	III.— JOAN SOLÉ I PLA, EL CORRESPONSAL AUSENTE. LA ÉPICA DE LA TRINCHERA DESDE UN CAFÉ BARCELONÉS	285
123	<i>Joan Esculies Serrat</i>	
	ARNAU DE VILANOVA [JOAN SOLÉ I PLA], «RECONQUERINT LA PERSONALITAT DE SÈRBIA. CATALUNYA A LA GUERRA»	293
131	IV.— PARADOX EN LA GUERRA. LAS DUALES POSICIONES FRANCÓFILAS DEL REPUBLICANISMO CATALÁN EN LA GRAN GUERRA A TRAVÉS DE MÀRIUS/MARIO AGUILAR	303
139	<i>David Martínez Fiol</i>	
145	PARADOX (MÀRIUS AGUILAR), «LA MARXA AL FRONT»	313
155	V.— LAS CRÓNICAS DE JULIO CAMBA EN LA GRAN GUERRA	317
161	<i>Cristina Barreiro Gordillo</i>	
	JULIO CAMBA, «LA "KRIEGSPSYCHOSEN"»	327

QUINTA PARTE

ESCRITORES SOLDADOS, VIDA COTIDIANA EN LA TRINCHERA

169	I.— PERIODISMO DE TRINCHERA, LITERATURA DE VIVAC. EL TESTIMONIO ANTIÉPICO DEL ESCRITOR—SOLDADO FREDERIC PUJULÀ	333
175	<i>Francesc Montero Aulet</i>	
181	FREDERIC PUJULÀ, «EL TABAC»	343
187	II.— EL RECLUTA PERIODISTA. MANUEL AZNAR, CRONISTA DE LA GUERRA MUNDIAL PARA EL DIARIO EUZKADI.	351
197	<i>Javier Díaz Noci</i>	
203	MANUEL AZNAR, «EN EL FONDO DE LAS TRINCHERAS»	357

LAS BOMBAS Y LAS LETRAS:
AZORÍN EN EL PARÍS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Francisco Fuster
(Universitat de València)

De entre los intelectuales españoles que, al estallar la Primera Guerra Mundial, se posicionaron a favor o en contra de uno de los bandos participantes en la contienda, el escritor y periodista alicantino José Martínez Ruiz (Monóvar, 1873–Madrid, 1967) es, sin ninguna duda, uno de los que más pronto tomó parte en el debate y uno de los que, a lo largo de los casi cinco largos años que duró el conflicto, más firme y coherente se mantuvo en su postura. De hecho, ya en un artículo titulado «Notas de Francia» y publicado en agosto de 1914, apenas unos días después del inicio efectivo de las hostilidades, Azorín explicaba a sus lectores del lado de que país iba a posicionarse: «Permitid que un amante de Francia, un amante de las letras de Francia, de la tradición de Francia, del paisaje de Francia, exponga, en brevísimas notas, sus observaciones acerca de la guerra. ¿Acerca de la guerra? No; tal vez estas notas no tengan con la guerra sino una relación lejana. [...] La vida en esta próspera tierra es fácil, dulce e intensa. Se trabaja y se piensa, se publican bellos libros y se construyen delicadas máquinas. Se camina velozmente por la tierra y se marcha vertiginosamente por los aires. Y sin embargo —¡terrible cosa!—, todo esto...».

Desde un primer momento, Azorín deja claras dos cosas: que su corazón está inequívocamente con Francia y que lo que en adelante fuera a escribir sobre la guerra, tendría más que ver con ese amor incondicional que profesa por la cultura francesa, que con un conflicto militar que, a él, pacifista convencido, le interesaba relativamente. En este sentido, no hay más que leer el prólogo —fechado en diciembre de 1916— a *Entre España y Francia*, volumen recopilatorio en el que reunió algunos de sus artículos publicados entre 1914 y 1916, para darse cuenta de que su autor era perfectamente consciente de que sus heterodoxas reflexiones sobre la contienda, de tono siempre pausado y conciliador, se alejaban notablemente de lo que era la norma o corriente general en la prensa española de la época: «Otros han tratado de la política y de la milicia; otros han descrito los panoramas de la guerra y de las escenas de heroísmo. Nosotros, apasionados de Francia, entusiastas de España, hemos creído que debíamos dedicar, en estos años,

nuestra pluma a destruir nocivos prejuicios, relativos a los dos pueblos y a procurar —dentro de nuestra modestia— una mutua y más cordial y perfecta comprensión». En cierto modo, y como ha señalado Andreu Navarra, Azorín era —como su amigo Baroja entre los germanófilos— «el ave extraña de los aliadófilos», aunque, como precisa el propio Navarra, «en su caso haya que hablar estrictamente de francofilia», más que de aliadofilia en el sentido estricto. En efecto, la predilección del escritor alicantino por Francia era algo público y notorio que, además, no tenía su razón de ser en la guerra, sino que venía desde muy atrás, tal vez desde el descubrimiento de la literatura francesa por parte del adolescente Martínez Ruiz, en sus años de estudiante de bachillerato. Con el tiempo, esa primera admiración literaria se fue haciendo extensible a todo lo relacionado con el país, como nuestro protagonista confesó a Ramón Gómez de la Serna en una entrevista que este le hizo en 1915 (y que luego fue incorporada como un capítulo de la biografía que el entrevistador dedicó a su entrevistado, algunos años después). Ante la pregunta de si Azorín confiaba en la victoria final de los franceses, Azorín no vaciló en afirmar que, independientemente de cómo terminase la guerra, Francia jamás sería derrotada: «¡Francia es inmortal!... ¡No puede sino vencer en definitiva!... Yo amo a Francia por lo fundamental que es... por los amigos que en ella tengo, por sus aldeanos, por sus interiores, por sus caminos, por su paisaje, por su tradición...».

A diferencia de otros intelectuales de su generación, tanto españoles como europeos, la francofilia de Azorín no le impedía admitir la existencia de valores dignos de elogio en la cultura germánica, si bien consideraba superior la latina y anglosajona, hasta el punto de pensar que, una vez terminada la guerra, el paisaje que quedaría después de la batalla seguiría dominado por esas dos civilizaciones. Así lo expresaba nuestro autor en «La cultura», capítulo de su antología *Entre España y Francia*: «La guerra habrá venido a desvanecer muchos fantasmas. No caigamos en el error de abominar de *todo* lo alemán. De Alemania tomaremos cierto sentido del orden, de la organización y del método; pero aplicándolos a los grandes fines humanos. Y lo esencial nuestro, lo que constituye nuestra civilización latina, eso que quedará después del gran conflicto más afirmado y puesto de relieve. A los latinos y anglosajones se debe principalmente, desde hace tres siglos, el progreso del mundo». En cualquier caso, y al margen de esa supuesta superioridad cultural de una civilización sobre la otra, lo que para Azorín más inclinaba la balanza es que, a su juicio, Alemania llevaba mucho tiempo poniendo sus principales valores al servicio de la guerra: «Un pueblo que durante cuarenta años encauza toda su energía en vista de la guerra no nos seduce. Un pueblo donde todo, todo, desde lo más grande a lo más pequeño, se organiza durante cuarenta años con perspectivas a la guerra no es nuestro ideal. Organización, sí; método, sí; disciplina, sí; pero para la paz, para el progreso, para el bienestar general y humano».

Esta labor del escritor monovero como comentarista de la guerra (o del papel de Francia en la misma) se vio interrumpida durante un breve período de tiempo —entre noviembre de 1917 y marzo de 1918— en el que simultaneó su condición de diputado en Cortes por el Partido Conservador, con la de Subsecretario de Instrucción Pública y

Bellas Artes (función que volvería a desempeñar una segunda vez, entre abril y julio de 1919), lo que le obligó a dejar prácticamente de lado sus colaboraciones periodísticas durante esos pocos meses. Sin embargo, al poco de cesar en el cargo, el diario *ABC*, que tenía distribuidos a corresponsales en varios frentes de la guerra con el objetivo de contarla de la forma más neutral posible, el 13 de mayo de 1918 anunciaba —mediante una breve nota titulada «Azorín en París»— a sus lectores que había enviado a Azorín a París para que cubriese el bombardeo del ejército alemán sobre la ciudad e informara acerca del despliegue de las tropas estadounidenses en territorio francés: «Desde hace unos días se encuentra en París [...] nuestro queridísimo compañero de redacción José Martínez Ruiz. [...] Por su entusiasta admiración por Francia, por sus altos prestigios literarios, incluso por su estrecha identificación espiritual con los lectores de *ABC*, creemos que no hay en toda España en los momentos actuales otro cronista cuya labor informativa pueda ser más grata y más interesante para el público que la de nuestro admirado compañero». Evidentemente, el hecho de que un periódico conservador y germanófilo enviase a un francófilo declarado para que informase desde sus páginas podía resultar chocante; precisamente por eso, el propio *ABC* una semana después aprovechó la aparición de la primera crónica enviada por Azorín («Primera tarde en París») para insertar una nota al pie en la que explicaba que el envío de su colaborador a París no era una contradicción con la línea editorial del diario, sino la mayor prueba de su imparcialidad: «Ocioso es consignar que este ilustre compañero nuestro se encuentra en la capital de Francia por cuenta exclusivamente de *ABC*, que atiende a todos sus gastos, y que con este viaje de Azorín demuestra una vez más su propósito de informar a sus lectores desde los distintos frentes que es, a nuestro entender, la mejor fórmula de la neutralidad periodística».

La mañana del 9 de mayo de 1918, Azorín salía de Madrid en dirección a la capital de Francia, donde se bajó del tren cuarenta y ocho horas después. Aunque era la primera vez que lo hacía como corresponsal de guerra (de hecho, esta fue la única experiencia de este tipo que vivió el periodista durante sus más de seis décadas de ejercicio de la profesión), no era la primera ocasión —ni tampoco iba a ser la última— en que nuestro autor visitaba la ciudad. Ya lo había hecho en junio de 1905, cuando, recién llegado al *ABC* (que acababa de ser fundado), el periódico le envió como corresponsal para cubrir el viaje de Alfonso XIII a París, en busca de una posible pretendiente a la que convertir en reina consorte, y lo volvió a hacer en 1936, cuando el estallido de la Guerra Civil le obligó a exiliarse en la ciudad de la luz durante tres largos y desasosegantes años. Durante los escasos dos meses que pasó allí, el alicantino envió una quincena de artículos, seis de los cuales fueron reunidos —junto con otros textos no publicados en prensa— por el propio escritor en un pequeño volumen titulado *París bombardeado* (Renacimiento, 1919), donde no todos aparecieron exactamente igual que habían salido en *ABC*, sino con algunas variaciones de las que más adelante me ocuparé. Los cinco textos publicados bajo el epígrafe genérico de «Los norteamericanos» (una serie de artículos independientes en los que Azorín contó sus impresiones sobre la visita auto-

rizada que hizo al ejército de los Estados Unidos desplegado en territorio francés) no fueron editados en formato libro hasta la fecha de 1947, cuando Ángel Cruz Rueda los incluyó en el tomo III de las *Obras Completas* de Azorín, publicadas por la editorial Aguilar. Por último, las cuatro crónicas restantes, no incluidas en la selección de *París bombardeado*, fueron recopiladas y publicadas —esta vez sí, tal cual habían aparecido en prensa— muchos años después por el periodista aragonés José García Mercadal en la antología *Con bandera de Francia* (Biblioteca Nueva, 1950).

El 11 de mayo de 1918, Azorín llega a la estación parisina de Austerlitz, donde coge un taxi que le traslada al hotel Majestic, en la conocida Avenue Kléber. Una vez instalado en su habitación, dedica las primeras horas a familiarizarse con su nuevo entorno y a descansar del largo viaje. A la mañana siguiente escribe su primera crónica, inaugurando así un ritual que, a partir de ese día, se repetirá indistintamente. Por desgracia, dicho texto se pierde por el camino y no llega a la redacción del periódico, de manera que el primer artículo suyo que podemos leer en *ABC* es, en realidad, el segundo que escribió. De esa primera crónica sí publicada llama la atención un detalle que podría parecer menor y que, sin embargo, nos da una pista muy clara sobre cómo van a ser el resto de artículos azorinianos; unos textos en los que la guerra es un telón de fondo que solo sirve como inevitable marco contextual. El verdadero protagonista de la corresponsalía es el propio corresponsal: su quehacer diario, sus paseos por la ciudad, sus sentimientos, sus preocupaciones, etc. Prueba de todo ello es que lo primero que hace al salir del hotel no es nada que tenga que ver con el conflicto; lo primero que hace el bibliófilo Azorín en París es, como no podría ser de otra forma, ir en busca de libros. Así lo cuenta él mismo en la crónica «Primera tarde en París»: «He salido del hotel, por primera vez, a la tarde, después de escribir mi artículo. Ya sabía dónde tenía que ir; el deseo de visitar las librerías me impulsaba vehementemente. ¿Habría hombre sin una pasión, sin una tendencia, sin una manía? La mía son los libros; he de llevar al tanto todo cuanto se publica en Francia y en España. «No hay mayor gusto, no hay mayor fullería para el espíritu —decía nuestro Gracián— que un libro nuevo cada día».

Dejando al margen esa pasión por los libros, inseparable de su persona, la otra cosa que sorprende de lo que nos cuenta Azorín en sus crónicas —en este caso en la titulada «Día de fiesta en París»— es la insistencia por intentar convencer al lector de que, si no fuese por el ruido de las bombas que caen sobre los alrededores de París, la gente no sabría que está viviendo un período de guerra, pues en la ciudad todo el mundo sigue haciendo vida normal, como si no pasara nada: «Hora de cenar. Después paseo durante las primeras horas de la noche. París está tranquilo y no siente ninguna temerosa preocupación. La confianza en el triunfo final es absoluta. La gente trabaja —trabaja ahora más que nunca—, pasea, ríe, se divierte. El dinero abunda. Es difícil encontrar libre alguno de los millares de *autos* que hay en la gran ciudad. Los teatros están llenos. Los cafés rebosan de gente». De hecho, va más allá y en el artículo «En *La Acción Francesa*» se atreve a decir que la contienda no solo no ha alterado la rutina habitual de la gente, sino que incluso parece haber propiciado la consolidación de un estilo de vida en el que todo

parece perfectamente calculado: «Matemáticamente, metódicamente, escrupulosamente, las horas de trabajo intenso se alternan con las dedicadas a la recreación y a la familia. A sus horas los teatros y las calles están repletos de gente, y a sus horas las calles se hallan vacías, sin transeúntes. [...] El ideal de la vida ciudadana es el que París realiza ahora. ¿Hubiera llegado a él sin la guerra? En todo caso, la guerra lo ha precipitado».

Por las noches, esta rutina se altera levemente. Es el momento en que los aviones alemanes sobrevuelan el territorio francés y bombardean el perímetro de París, protegido por un ejército del aire que les impide el paso al espacio aéreo de la capital. Al dispararse las alarmas en la ciudad, en el hotel se activa, a la vez, un protocolo que, a fuerza de repetirse, se convierte en otra rutina: la gente sale de sus habitaciones y se dirige al sótano del edificio, que hace las veces de refugio antiaéreo. Lejos de pasar miedo, los desvelados inquilinos del hotel aprovechan la coyuntura para improvisar tertulias y matar el tiempo hasta que una nueva señal sonora indica que el peligro ha pasado: los aviones franceses han repelido el ataque alemán y todo el mundo puede volver a sus respectivas camas. En una de sus crónicas, que lleva por título «En la madrugada», Azorín describe ese sótano del Majestic: «Al sótano se descende por dos escaleras de mármol, que arrancan de la escalera principal. Se entra primero en un saloncito pavimentado de mármol blanco y con grandes espejos en las paredes; después se descende por dos escalones a otro salón igual, y luego se baja por cuatro o seis peldaños a un amplísimo salón de baile. Anoche lo estuve inspeccionando; hay en él un magnífico piano de cola y un órgano. Esta es la terrible cueva donde tenemos que refugiarnos. Pero casi nadie baja a ella. Todos estamos en el vestíbulo y en la puerta». Al ver la tranquilidad con la que la gente se toma esa operación diaria, llega a la conclusión de que las bombas causan más miedo e impresión en Madrid, que en el epicentro del ataque: «¿Por qué en Madrid al decidir mi viaje, sentía yo más preocupación que siento ahora? Ahora no siento ya ninguna. En Madrid se siente más temor a los bombardeos de París que en el propio París. La disposición del ánimo la forma el ambiente; en Madrid se me hablaba de estos peligros; en París nadie habla de estas cosas».

A medida que pasan los días, el corresponsal se acostumbra a esa rutina. Conversa con unos y con otros y, poco a poco, se va formando sus propias teorías —como vemos en su crónica «Observaciones»— sobre cómo, cuándo y por qué es más o menos probable que caigan las bombas: «En las primeras horas de la mañana, con el silencio y el reposo, el peligro parece mayor. Luego comienza el ruido y el movimiento, y ya nos olvidamos de todo. Los días de sol hay también (parece que hay) menos riesgo que los días nublados. [...] Un amigo me ha hecho la observación de que cuando es más fuerte el ruido de la explosión, el proyectil ha caído más lejos. Esto me tranquiliza». Contribuye a esta tranquilidad el hecho de que, según sus averiguaciones, es hartamente improbable que caiga una bomba sobre el lugar en el que se encuentra, como él mismo se encarga de explicarnos: «El ángulo agudo es nuestra salvación. Siempre nos encontramos en algún sitio donde para llegar los proyectiles habrían de formar un ángulo agudo; y esto es completamente imposible. He oído muchas veces explicar técnicamente el caso».

No obstante esta realidad física, lo que no deja de sorprenderle es el aplomo y el saber estar con el que los franceses aguantan los bombardeos, un día sí y otro también. Para ensalzar esta dignidad del pueblo francés, en el texto titulado «En la lejanía», escrito expresamente como epílogo para *París bombardeado*, Azorín cuenta el episodio de una entrevista mantenida en el Ministerio de Guerra del país galo, justo el día en que las bombas lanzadas por el gran cañón del ejército alemán caían más cerca de París. El comportamiento del funcionario que le atiende (y, de paso, el suyo propio) es presentado por Azorín como una muestra de valentía que toda Europa debe reconocer: «Al comenzar a hablar sonó terrible detonación que hizo retemblar los cristales. [...] Parecía que se venía abajo todo el edificio. No hubo ni la más ligera interrupción en la charla. Ni mi interlocutor hizo alusión ninguna a la detonación ni yo tampoco. El espíritu de Corneille —el espíritu del deber— estaba en el ambiente. ¡Minutos inolvidables! [...] Y comprendiendo, sintiendo todo lo formidable de la hora —decisiva para Francia, decisiva para el mundo— nosotros estábamos allí charlando tranquilamente, plácidamente, como si no sucediera nada».

Antes de volver a España, y cuando ya estaba a punto de terminar su corresponsalía, Azorín escribe un artículo —«Resumen en la frontera francesa»— que sirve, a la vez, como conclusión y balance de sus menos de dos meses de estancia en Francia. Una vez más, empieza su análisis insistiendo en que, a la altura de finales de junio de 1918, el ambiente en París sigue igual de tranquilo: «He encontrado a París como siempre. Se hace la vida habitual. No hay pánico, ni se producen alarmas. Tal vez la gente, cuando suenan las sirenas, no toma todas las precauciones que debiera. [...] El cañón no preocupa; preocupa —como he dicho— más en Madrid que en París. La gente circula, lo mismo que antes, por los bulevares, y los teatros y las terrazas de los cafés están llenos». En el momento en que escribe esto, Azorín ya ha visitado el campamento que ha montado el ejército estadounidense desplazado al territorio francés; ha convivido con ellos durante un par de semanas y ha informado por extenso —la citada serie de cinco artículos titulada «Los norteamericanos»— de su enorme potencial a los lectores de *ABC*. Precisamente por eso, por haber visto tal despliegue de medios, nuestro protagonista aprovecha ese mismo resumen para lanzar su pronóstico sobre cuál cree él que será el resultado final de la guerra: «Mi impresión, sin titubeos ni atenuaciones, es que Alemania tiene perdida la guerra. La guerra la van a decidir los Estados Unidos. Alemania lo sabe. Su ofensiva del 27 de mayo responde a esa creencia. Esa ofensiva es el último esfuerzo que realiza Alemania. Los Estados Unidos van a poner de manifiesto que son hoy el primer poder militar del mundo».

Resulta evidente que este balance de Azorín peca de incompleto porque, aunque es verdad que los habitantes de París intentaron seguir —en la medida de lo posible— con sus vidas, la Primera Guerra Mundial tuvo unas consecuencias nefastas, no solo sobre los parisinos, sino también sobre el conjunto de la población francesa. Y no me refiero únicamente a los daños materiales, que son perfectamente visibles en las fotografías de la época, sino al profundo dolor que causó a una sociedad que, como ha señalado Margaret

MacMillan, todavía mantenía abiertas sus heridas cuando los representantes de todos los países se reunieron allí para negociar la paz en 1919: «Mientras las banderas de la victoria ondeaban en las farolas y las ventanas, hombres mutilados y soldados desmovilizados y vestidos con uniformes raídos pedían calderilla en las esquinas y prácticamente una de cada dos mujeres iba de luto. La prensa izquierdista pedía la revolución; la de derechas exigía represión. Huelgas y protestas se sucedían unas a otras». De todo esto no dice nada Azorín en sus crónicas, igual que no dice nada de los 1,3 millones de hombres —más que ningún otro país de los participantes— que Francia perdió en la guerra. ¿El motivo de este silencio? Lo desconozco. Pero no es difícil imaginar que, desde el punto de vista de su francofilia, nuestro autor siempre quiso transmitir la sensación de que la razón estaba del bando de los franceses y de que era Alemania quien más estaba perdiendo porque era ella quien, a su juicio, la había provocado. Por otra parte, y como ya he señalado al principio, no hay que olvidar que, al leer las crónicas azorinianas, se percibe que, para su autor, la guerra siempre fue una excusa para hablar de lo que verdaderamente le entusiasmaba: la cultura y el pueblo francés. En este sentido, no es casualidad que, al escribir el ya citado epílogo a *París bombardeado*, un texto firmado en noviembre de 1918, ya varios meses después de haber vuelto a España y de haber digerido la experiencia, Azorín sintetice así su evocación de los dos meses pasados en París: «¿Algunos recuerdos más de París? De París en los días más trágicos de la guerra. Lo que, ante todo, queda en mi espíritu es la dulzura de su cielo, el cielo de Francia. Veo ahora —con los ojos del espíritu— el cielo suave, de un fino color gris, plateado, y los árboles verdes de las orillas del Sena, y allá cerca unas largas ringleras de cajones llenos de libros». Como vemos, en la memoria selectiva de nuestro autor, las letras han ganado la batalla a las bombas: la experiencia personal y estética de haber estado en París es mucho más importante que el hecho de haber sido enviado por el periódico para informar sobre la guerra.

Aunque hasta ahora solo me he referido al contenido, es evidente que las crónicas de guerra enviadas por Azorín desde París también son heterodoxas desde el punto de vista de la forma. No podía ser de otra manera tratándose de un periodista que, si por algo se caracterizó a lo largo de su vida, fue justamente por su personal e intransferible estilo. Es verdad que en uno de los primeros artículos, «Día de fiesta en París», y tal vez por prurito profesional, el autor hace una declaración de intenciones en el sentido de pretender convencer al lector de que él no ha ido a París a contarnos sus manías, sino a informar de manera objetiva y fiel, como cualquier compañero del gremio: «He dicho —y lo repito ahora; es bueno repetirlo— que yo no he venido a París a hacer reflexiones, filosóficas, literarias, que se pueden hacer lo mismo desde Vallecas que desde la capital de España. Pero, en cambio, si cuento lo que veo, lo que observo, lo que hago, eso no podría —evidentemente— contarlo desde Vallecas». En la práctica, ya he dicho que sobre la guerra, en el sentido estricto, Azorín habló más bien poco. En primer lugar, y como han señalado Javier y Mercedes Rodríguez Pequeño, porque sus crónicas de guerra «no solo están escritas en el hotel, sino desde la perspectiva del

hotel, alejado de las trincheras, del frente de guerra, sin contacto con los combatientes». Y en segunda instancia, porque para él, y esto lo podría certificar el buen conocedor de la obra azoriniana, hablar de cualquier experiencia vital implicaba, obligatoriamente, hablar de literatura. Daba igual en qué circunstancia se encontrara, ya fuese paseando tranquilamente por París o ya fuese en pleno bombardeo; para Azorín resultaba imposible no contarle al lector —así lo hace en la crónica «La primera hora matinal»— en qué título está pensando mientras paseaba o qué libro estaba leyendo cuando sonaba el ruido de las bombas: «Anoche hubo una nueva alarma. Gimieron las sirenas a las diez y media. Yo me había ya acostado. Leía el *Quijote*. ¡Qué admirable lectura la del *Quijote* en estos tiempos, en esta noble tierra francesa, en este ambiente de heroísmo, de abnegación y de ideal!».

Por otro lado, no he mencionado hasta ahora un aspecto que no debe ser soslayado, pues afectó tanto a la forma como al contenido de las crónicas; me refiero, por supuesto, a la censura a la que Azorín tuvo que someter todo lo que escribía antes de ser enviado a España para su publicación. Por motivos directamente relacionados con la guerra y el espionaje, Francia impuso a todos los corresponsales una serie de condiciones a la hora de informar, con el objetivo expreso de no revelar cualquier dato confidencial (en qué lugar exacto había caído una bomba, los posibles errores del ejército francés, etc.) que pudiese ser utilizado por el bando enemigo. Así lo explica Azorín en «Observaciones»: «He ido al sitio donde ha caído uno de los proyectiles. No diré dónde. El Gobierno ha prohibido decir los puntos de caída. El acuerdo era lógico, de rigor. De este modo, desde los países neutrales no podrán ser indicados al enemigo esos puntos, y el enemigo no podrá ir rectificando su puntería». En este sentido, es muy ilustrativo cotejar los artículos originales del *ABC* con sus respectivas versiones incluidas en *París bombardeado* y comprobar qué tipo de datos se omitieron en la primera versión (la «oficial») y, sin embargo, sí fueron incluidos en la segunda y más literaria, la que formó parte del libro de recuerdos. Por ejemplo, en el capítulo de *París bombardeado* titulado «En la madrugada», Azorín cuenta el episodio, censurado en la crónica del periódico, de un avión alemán que consiguió rebasar la defensa aérea francesa, llegando a sobrevolar París y a lanzar varias bombas sobre la ciudad. Transcribo el fragmento de dicho capítulo que, por las ya citadas razones (se dan datos precisos sobre un fallo de la defensa francesa y sobre el punto exacto —la estación de Austerlitz— en el que cayó una bomba alemana), no se pudo publicar en la versión aparecida en prensa: «Por la tarde he ido a la estación de Austerlitz y he visto los destrozos causados por las bombas. Ha caído una en medio de la ancha bóveda de cristales; millares de cristales han sido rotos; una alfombra de pedacitos de cristal cubre el suelo. En el centro de la estación, entre las vías, el proyectil ha abierto un profundo hoyo. Otra bomba ha caído en un almacén de al lado». A continuación, el propio Azorín intenta explicar qué ha pasado la noche anterior y cómo es posible que esas bombas hayan caído ahí: «A las once y media intentó entrar en París la escuadrilla de aviones enemigos. Dieron la primera señal de alarma las sirenas. La artillería rechazó a los aeroplanos alemanes, y éstos se retiraron. Pero se escabulló uno;

entró en París; estuvo volando sobre la ciudad y arrojó cinco bombas. [...] El avión, luego de bombardear París, logró marcharse guiado por la cinta blanca del Sena».

Lo mismo le sucede al hablar del famoso *París-Geschütz* o *Kaiser Wilhelm Geschütz*: el cañón de largo alcance que el ejército alemán empleó por primera vez durante la Primera Guerra Mundial para bombardear la capital francesa desde distancias superiores a los cien o ciento veinte kilómetros. En varios artículos del *ABC*, Azorín cita de pasada el cañón, pero no le da mayor importancia (de hecho, llega a decir que es un excelente despertador), seguramente por no darle más propaganda a un arma cuya capacidad destructora convenía silenciar, de cara a la censura francesa. No ocurre lo mismo en el libro, donde le dedica un breve capítulo —«El cañón»— a este prodigio de la ingeniería militar en el que, sin exagerar el alcance de su acción (dice que, a pesar de su actividad, «el cañón no interrumpe la vida»), sí amplía con nuevos datos la escueta información aportada en las crónicas. Inversamente, también hay que consignar que, igual que funciona la censura en los artículos publicados en 1918, Azorín se impone la autocensura a la hora de confeccionar el índice de *París bombardeado*, seleccionando solamente aquellos textos del *ABC* que le interesaban para ese librito de 1919. En este sentido, y como ha destacado Pedro Ignacio López García, «tiene mucho cuidado nuestro escritor de eliminar en el texto todas las alusiones de tipo político —en concreto, las referidas a su admirado Carlos Maurras, jefe del partido nacionalista y de extrema derecha “Acción Francesa”».

Como no es lo mismo explicarlo que leerlo, he seleccionado para esta antología uno de los artículos escritos por Azorín desde el París de la Primera Guerra Mundial, con el objetivo de que el lector pueda confirmar —o no— a través de la fuente original la mayor o menor exactitud de mi análisis. La razón que me ha hecho inclinarme por este texto, titulado «Un entreacto», es que se trata de un excelente ejemplo de crónica de guerra azoriniana, puesto que en él aparecen todos los ingredientes que, como he ido enunciando, caracterizan la mirada que el escritor alicantino posa sobre el París bombardeado. Siempre en primera persona, el autor de *La voluntad* empieza su relato narrando un paseo nocturno por la ciudad, donde todo parece estar en calma. A su vuelta al hotel, se acomoda en la habitación y acomete la última lectura del día, mientras sus ojos se van cerrando, vencidos por el cansancio. De repente, suena la alarma y se activa el protocolo de seguridad del hotel. Pasado el susto, si se le puede llamar así, nuestro hombre regresa a la cama y trata de conciliar el sueño. A la mañana siguiente, escribe sus impresiones sobre lo acaecido el día anterior; impresiones que casi siempre se cierran con la transcripción del parte oficial del ejército francés, con cuya frialdad contrasta, forzosamente, el estilo literario y evocador de nuestro corresponsal. Los Campos Elíseos, el *Quijote*, Anatole France, las bombas, los aviones, etc.; todo eso —y más— cabe en una crónica de guerra del maestro Azorín.

ABC, 29/5/1918

Después de cenar —a las ocho, todavía con luz— me fui a dar un paseo por las calles céntricas. El hotel en que habito se halla alejado del núcleo de París; a las seis y media todas las calles comarcanas quedan desiertas. Yo deseaba ver las otras calles. Hacía cuatro noches que dormía en París. La primera noche, durante los diez primeros minutos de estar en la cama, tuve alguna —muy poca— inquietud. Luego me dormí profundamente. Las otras noches había oído yo, de cuando en cuando, alguna vez, un ruido sordo y lejano como de una bocina. Como en Madrid he oído este ruido tantas veces, no me inquieté; se trataba, indudablemente, como en Madrid, del ruido de una cañería de agua cercana; el aire penetra en el conducto, y el agua, al salir con fuerza, produce ese ruido. Yo no quise preguntar nada a mi llegada a París ni después, de los bombardeos, ni de cómo se daban las señales de alarma, ni qué se hacía cuando la señal de alarma sonaba. No había hablado de esto con nadie ni siquiera una palabra. ¿Diré la razón? Me parecía poco decoroso. Los franceses están en su casa y pueden hablar de ello lo que gusten. Yo, un extranjero —y además español; permitid esta jactancia—, no debía mostrar ni el más mínimo recelo, ni la más insignificante preocupación. Hubiera sido esto, además —pensaba yo—, faltar a la cortesía, no corresponder a la irreprochable cortesía, que conmigo se había tenido y se seguía teniendo.

La primera vez que entré en mi cuarto del hotel, al desparramar la vista por su ámbito, vi encima de la mesilla de noche una vela; a su lado había un pequeño receptáculo para colocar cerillas. Dos días después, como yo no colocaba cerillas en este receptáculo, lo retiraron de la mesita de noche. No me había yo preocupado de comprar cerillas ni de proveerme de una lámpara eléctrica de bolsillo. Al entrar en el cuarto de baño vi, pegado al espejo, un aviso que decía: «En caso de alarma, apáguese las luces del cuarto de baño, porque las ventanas no tienen cortinas». Todas las noches al llegar a mi habitación, veía cuidadosamente cerradas las cortinas de mi ventana. Pues, como iba diciendo, salí a dar un paseo después de cenar. Me encaminé hacia el centro por la ancha, bellísima avenida de los Campos Elíseos. La noche era clara, esplendente, sosegada. Lucían diamantinas las estrellas. Gozando de la apacibilidad de la noche, paseando lentamente, estuve durante

dos horas. Volví al hotel a las diez y me acosté. ¿Diré que leí antes de apagar la luz dos o tres páginas del *Quijote*?

Un cuarto de hora llevaba entre el sueño y la vigilia, en la penumbra del sueño, cuando oí un ruido sonoro y continuado. ¿Sería también una cañería de agua? El ruido continuaba persistente; más lejos sonaba otro ruido idéntico. Eran dos bocinas y un aviso alarmante. En el hotel, en los cuartos de al lado, no se oía ningún ruido; ni portazos ni paseos precipitados; nada. Las sirenas seguían sonando. No cabía duda. Eché mano a la llavecita de la luz eléctrica, la di vuelta y no se produjo la luz. La cosa estaba patente. ¡Había llegado el momento! A oscuras, me vestí, y salí al pasillo. No había nadie en él. Todo estaba en tinieblas. Fui a tientas hasta una débil luz que columbré a lo lejos. Era el ascensor (¿Se me ha olvidado decir que yo habito en el sexto piso?). En el ascensor había dos o tres personas. Todos reían. «Pero, ¿hay que bajar?», pregunté yo. «Más vale bajar que no estar expuesto aquí arriba», me contestó un señor. Descendimos al ancho vestíbulo del hotel. Había allí más gente: damas, caballeros, niños, servidores de la casa, perritos que iban de un lado para otro. Charlaban todos a gritos, bromeaban, reían. De cuando en cuando descendía, por una ancha escalera, hacia el sótano, una señora que encendía, al bajar, una lamparita eléctrica. Yo bajé también hacia la cueva. ¡Qué terrible cueva! La cueva es un vastísimo salón de baile; tiene el piso de brillante madera encerada, y hay anchos pasos de alfombra. Damas y caballeros iban tomando asiento en cómodos sillones. No había en nadie ni la menor traza de miedo o preocupación. Estábamos allí como en el entreacto de un drama. Un jovencito entró en la sala, se acercó a un grupo y dijo que él había escuchado arriba el ruido de los motores. Luego volvió a subir precipitadamente. Muchos de los circunstantes subieron también. Yo estaba un poco sorprendido de esta indiferencia. Quise subir también. En el vestíbulo del hotel había muchos huéspedes; algunos se dirigían a la puerta. Fui también hacia la puerta. Había allí señoras y caballeros mirando al cielo; un señor, sentado en el escalón del umbral, fumaba tranquilamente. Algunas señoras paseaban por la acera. Entablé conversación con un señor de los que estaban en la puerta. Era un inglés.

—Desde que estoy en París, todas las noches que hace luna vienen los alemanes.

—¿Las noches de luna?

—Sí; verá usted como vuelven mañana. Hablábamos en francés.

—¿Inglés? —me preguntó él.

—No, español —contesté yo.

—¡Ah! Usted viene aquí cuando allá no hay peligro —dijo él riendo.

—¡Qué quiere usted! —repliqué yo—. Es preciso verlo todo.

Transcurrió un rato, me cansé y me subí a mi cuarto. Fui a volver la llavecita de la luz eléctrica, y la luz no había llegado todavía. Me acosté a oscuras. No se oía nada. Tomé un sello de veronal y me dormí profundamente. Escribo estas líneas al día siguiente, a las ocho de la mañana. He pedido un periódico y leo el parte oficial referente al suceso de anoche: «Los puestos de observación del campo atrincherado de París, habiendo señalado que los aviones enemigos se dirigían hacia París, la alarma ha sido dada a las 22 horas 12. Los puestos de artillería han abierto el fuego, y los aviones de la defensa se han

lanzado al aire. Ningún aparato enemigo ha alcanzado a París; pero muchas bombas han sido arrojadas en los alrededores. El final de la alarma ha sido dado a las 23 horas 55».

Segundo entreacto

A las ocho, anoche, hubo relámpagos vivísimos y horribles truenos. Me revestí de mi impermeable y salí a la calle. No llovió. Quedose a poco una noche apacible, límpida. Lucía clara la luna. Los bulevares céntricos estaban llenos de gente, y las terrazas de los cafés, atestadas. Encontré —inesperadamente— a un amigo y estuve con él de charla en extremo agradable. A las diez y cuarto volví al hotel. Me acosté; estaba leyendo en la *Revista de París* unas páginas inéditas de Anatole France, cuando oí una sirena fina y lejana. No era el sonido bronco de la otra vez. ¿Sería la señal de alarma? En el pasillo del hotel oí risas y voces. No se apagaba la luz, me levanté. Salí de mi cuarto. Pregunté; era, en efecto, la señal de alarma.

Un ilustre escritor —Carlos Maurras— se quejaba, al día siguiente del primer entreacto —primero que yo he presenciado— de la despreocupación de los parisienses. «Salen a la puerta de la calle —decía Maurras— y allí se están fumando». En efecto, anoche, en el hotel, ya casi nadie bajó a los sótanos. Salimos casi todos a la puerta de la calle; estuvimos allí un momento; después nos acercamos todos a la esquina; luego, para contemplar mejor el cielo, nos separamos de la acera y nos pusimos en medio del arroyo. Sonaban a lo lejos las sirenas puestas en algunos lugares eminentes; resonaban otras que llevaban en veloces automóviles los bomberos. En algunos momentos de silencio se escuchaban detonaciones apagadas, casi imperceptibles. La luna inundaba de clara y suave luz las calles...

Nos cansamos de esperar. Algunas señoras y varios caballeros se separaron del grupo y volvieron al hotel. Poco después sonaba la señal de paz y el grupo se dispersaba. Esta mañana, al redactar esta nota a la siete, leo en un periódico el parte oficial: «Aviones enemigos han franqueado nuestras líneas y bombardeado muchas localidades de la retaguardia. Habiéndose dirigido algunos aparatos hacia París, la alerta ha sido dada a las 22 horas 32. Ha cesado a las 23 horas 2. Han sido lanzadas bombas sobre diversos puntos de los alrededores».

París, mayo 1918

ABC, 29/5/1918

BIBLIOGRAFÍA

- «“Azorín” en París» (13 de mayo de 1918). *ABC*, p. 7.
- AZORÍN (23 de agosto de 1914). «Notas de Francia: antes de la guerra». *ABC*, p. 3.
- (1917). *Entre España y Francia (páginas de un francófilo)*. Barcelona: Bloud y Gay.
- (20 de mayo de 1918). «Primera tarde en París». *ABC*, pp. 3–5.
- (26 de mayo de 1918). «En “La Acción Francesa”». *ABC*, pp. 3–4.
- (31 de mayo de 1918). «Día de fiesta en París». *ABC*, pp. 3–4.
- (06 de junio de 1918). «En la madrugada». *ABC*, pp. 3–4.
- (08 de junio de 1918). «La primera hora matinal». *ABC*, pp. 3–4.
- (12 de junio de 1918). «Observaciones». *ABC*, p. 3.
- (28 de junio de 1918). «Resumen en la frontera francesa». *ABC*, pp. 2–3.
- (2008). *París bombardeado*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GÓMEZ DE LA SERNA, R. (1957). *Azorín*. Buenos Aires: Losada. [La entrevista se publicó por primera vez con el título «Azorín» en la revista madrileña *Gil Blas* (09 de julio de 1915), pp. 8–9].
- LÓPEZ GARCÍA, P. I. (1999). «Azorín, cronista de guerra: *París bombardeado*». *Historia Abierta*, 24, pp. 2–9.
- MACMILLAN, M. (2005). *París, 1919*. (Trad. J. Beltrán Ferrer). Barcelona: Tusquets Editores.
- NAVARRA, A. (2014). *1914: aliadófilos y germanófilos en la cultura española*. Madrid: Cátedra.
- RODRÍGUEZ PEQUEÑO, J. y RODRÍGUEZ PEQUEÑO, M. (2012). «Cultura, retórica y política en los artículos de *París bombardeado* de Azorín». En E. del Río; M.^a del C. Ruiz de la Cueva y T. Albaladejo (eds.), *Retórica y política: los discursos de la construcción de la sociedad*, pp. 503–518. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.